BIGOTES

Traje a Bigotes, mi nueva mascota, el lunes a casa. No era la primera vez que recogía una de la calle, pero no sé por qué siempre se me acababan escapando, no las trato mal ni nada por el estilo, les doy de comer y hasta tienen una cama donde dormir. Pero hay algo que las ahuyenta, como a la anterior a la que llamé Petra Delicado porque me estaba leyendo una novela suya y se escapó por un agujero de la puerta, así que esta vez la iba a observar para ver qué estaba pasando.

En el trayecto a casa en coche, ella iba en la parte de atrás, observando con ojitos llorosos la calle. Me miraba como si le hubiese arrebatado su libertad, pero en realidad yo pensaba darle una mejor vida. Ya en casa, seguía teniendo un poco de miedo, así que le mostré la caseta de madera que hay en mi patio trasero donde pasaría la mayoría del tiempo, encerrada, ya que no podía arriesgarme a tenerla en el jardín, no podría soportar otra perdida más.

Esa misma noche oí unos ruidos que provenían de la caseta, debía de ser Bigotes, así que salí a ver qué pasaba. Como de costumbre, ya estaba intentando escapar, le daba golpes a la puerta como si pudiese hacer algo contra la madera maciza de la que estaba compuesta. Así que, para calmarla un poco, me quedé con ella. Mirarla me parecía reconfortante, como si yo ya no estuviese tan solo, era como una hija para mí.

 Por lo tanto, cogí el hábito de observarla por las noches, ella al verme entrar se acurrucaba en la otra esquina de la habitación y en silencio lloraba, pero al acercarme para intentar consolarla solo empeoraba la situación.

Hoy al despertarme Bigotes no estaba, había escapado por una ventanilla de la caseta. Me negaba a perderla, esta tenía que ser la definitiva, la necesitaba, así que después de que se me pasase el enfado he salido a buscarla por el barrio, pero aun así no la he visto ni en el parque, ni en el colegio, ni donde la vi por primera vez, y tampoco estaba en la tienda de helados, donde suelen estar las niñas de su edad.